



Antonio Skarmeta La Boda del Poeta

ANTICIPO

ERASE una vez un tiempo pleno en una lejana isla de Comar de Matia. Las uvas se hinchaban bajo el sol como luminosas carpas de iglesia la lluvia era cual la vista de un familiar que nos da alegría cuando llega y felicidad cuando se marcha y las jóvenes doncellas temerosas votaban a sus futuros novios hasta que el matrimonio los fundiese. María Matias era la más bella de sus hijas, y la más hermosa, a veces en forma de apocenas, acosa el hombre que la desposaría cuando cumpliera los diecisiete años. Aún viven en esa lejana lugar antes de algunos que quedaron hueros por ella: bailarines con zapatos de charol, pescadores de piel cobriza, estudiantes más ocultos que apocenas, bailarinas de corbata y bigotes cueros y otras especies de difícil detalle.

Así como el buen Donatello proclamó que nada hay más bien esparcido que el sentido común, aquella lejana isla era la excepción. Los clérigos primarios solían ser tan intinos, que los varones sólo se casaban cuando llegaba el verano y los hijos tristes a las playas hermosas sacas y ajerías lejanas que olvidaban con caridad liberal aquello que las lagunas guardaban tejidos malditos a crochet a la espera del momento "que la perla roja de su honor" coronara triunfal la noche de bodas, según la leyenda de una tarumba que sólo se oía.

Aunque a nadie le faltaba nada, todos tenían poco, y para conseguir a los chicos los chicos no poseían otro capital que el ingenio. Pero mucho cambió cuando se abrió un instante alameda "curopor", al estilo de grandes ciudades del continente: tipo Harrod's, Gath y Chaves, Temperley y Thompson, menos para atender a los lugareños, que sólo había ahorrar casa en sus cabellos y bigotes en sus pies, que para los distraídos opositores de sucesos a ingenuas que compraban sus sonidos, habanos, champanes y camisas de popelina italiana sin pagar ningún tipo de impuesto.

Así se beneficiaban sólo el dueño del alcohol y el gobierno, control del que dependía aquella isla, situación que llevó a lugares rebeldes con ideas federalistas a alzarse contra el imperio. Pocos grupos llegaron a acusar hasta una docena de milicianos. El primero de ellos estuvo muy activo hasta fines de siglo. Su líder José Coppeta fue recibido por la sede del Gobierno, donde el ministro de Tierra y Colonización le entregó un mao pergamino según el cual podía de buen grado la autonomía a la isla Gema con todos los derechos de una nación independiente, poder para generar su propia moneda, y hasta, si lo querían, usar el dialecto local como idioma oficial.

Dice un testigo que el ministro se acercó a un mapa del país que pendía en su despacho, con feccionado en París, y le pidió a Coppeta que le señalara con un dedo dónde quedaba la nueva nación. Con orgullo, el rebelde indicó la isla de Gema a unos dos mil kilómetros de la capital, y el ministro sólo comentó "no es tan lejos ni tan cerca", frase oblicua que reflejaba alguna intención sin apuntar precisamente a ninguno.

Acto seguido le pidió a Coppeta que le diera sus nombres y apellidos completos, y dio a su secretario un edicto, mediante el cual nombres con esa fecha a Coppeta presidente del naciente país. Al preguntarle qué nombre le pondría, el presidente recién designado confesó

con modestia que mantendría el mismo apodo de la isla, agregándole la expresión "República Independiente".

República Independiente de Gema subió en voz alta el ministro: "Suma bien."

La autoridad le sugirió a Coppeta que al cabo de un plazo prudente se hiciera elegir en elecciones democráticas, ya que los cargos designados por arbitrio tarde o temprano enfriarían a los fanáticos de la democracia, bestias que confundían las estadísticas con la inteligencia.

El presidente designado valoró el consejo, y disculpándose por la falta de diplomacia, agradeció los pergaminos "desde el fondo íntimo de mi patria" y le comunicó al ministro que debía abandonar presto el gobierno, pues si no perdería el barco que lo llevara con los albricias de vuelta a su pueblo. El

funcionario no sólo disculpó la congresable prima de su exilado, sino que puso a su disposición una cisterna para que lo llevara al puerto, y preguntó con cortésia, proselitadora de aguas, el nombre de la nave que lo conduciría a la isla. Coppeta citó el barco y leyó en voz alta el apelativo de la nave: "Caronte". El ministro sonrió abriendo con su gesto cada una de las piezas de su impecable dentadura, y dijo la enigmática frase: "Un nombre muy maluco."

En una charla informal y romántica que tuvo José Coppeta bajo la luz de la luna en el Caronte con una tarista alemana de facciones ojos verdes llamada Anna Dickmann desplegó para ella los pergaminos que pedían la independencia de su isla y su nombramiento como presidente. Pero a la mañana siguiente, es decir a pocas horas de la idílica sesión bajo el plenilunio, con infueta falta de delicadeza, el capitán del Caronte, Pierre

ANTONIO SKARMETA



Jeffanovic, comió a todos los pasajeros de los distintos cleres y expuso ante ellos la cabra de Coppeta separada del cuerpo por una pesonable cisterna traza. Adjudicando en forma grotesca el cuello a los omópalos del difunto, pensó si alguien conocía a este hombre y si alguno de los presentes asumía el fúido acrisolado. Anna Dickmann, incapaz de ocultar su horror, y estremecida de repentina vides, dijo que nos encontrábamos frente a los restos mortales del presidente de la República de Gema y exigió los pergaminos que acompañaban su nombramiento.

El almirante Pierre Jeffanovic le pidió a la bella dama que se acercara a babor, y manteniendo dos barquitos de papel junto a la nariz alemana a que los sirviera al mar. En el azul senar de ese mar que había cuando sin cuagraciones Hammet, los frágiles subavaciones se hundieron en pocos segundos.

Me temo que fuesen los triles presidenciales que le incitaban, solen.

Según confesó Friedric Dickmann años después de ocurridos estos incidentes, Jeffanovic le habría aplicado en la ocasión la siguiente frase: "cuyo sentido ella declaró haber entendido tan bien, que sólo después este informe tras los fuacales del almirante Jeffanovic diez años después."

"Mi imaginio que arrojé, consciente de su belleza, Friedric, reconocerá que la armonía de su magnífico cuerpo se origina fundamentalmente en la unión de su cabeza con las yugulares. Sería altamente melancólico para usted y sus administradores que ambos pueras quedaran desarticuladas en su estética por una infidencia suya."

Friedric Dickmann perdió de subito el tono cobrizo que había ganado en la primera etapa de su verano maluco, sus equinas y acunadas pecas parecieron esdarse de una plumada, y se apartó de esa, y toda otra investigación posterior, con una pragmática palabra poética: "Finito."

Este suceso tuvo para la psicología de los rebeldes de la isla un valor ejemplar. En la segunda gran rebelión contra el centralismo metropolitano, el encargado de plantear las reivindicaciones fue José East, un sustre hecho arrojado en Gema por falta de codicia y erudición en anarquismo, y además costable involucrador de María Matias, a quien a quien impresionar con un folleto de treinta páginas, publicado en tres ediciones de La República, sobre el sentido libertario de los Viejos Testamentos.

En el puerto principal del continente lo recibió el mero y mero ministro de Tierra y Colonización, quien en vez de otorgarle uno o dos pergaminos, le dio un cheque en blanco con su firma y un abono al burler Gadiza, templo donde East proclamó con amoroso empuje su energía sexual y las ideas revolucionarias de las eschabas entre las arreobdas discipulas, quienes le dieron una despedida de maharajá cuando un mes más tarde comprobaron que el cheque si tenía fondo.

Con subterfugio ancestral East se abstuvo de volver a Gema y sus camaradas anarquistas escribieron en La República un artículo sobre el tema que consistía sólo de un título: "East se quedó en el West".



La boda del poeta [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La boda del poeta [artículo]. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile